

RAE

1. TIPO DE DOCUMENTO: Artículo presentado como requisito para optar por el título de: Licenciado en Filosofía.

2. TÍTULO: El deseo como acto sublime que modera los actos humanos.

3. AUTOR: Edwin René Moreno Morales.

4. LUGAR: Bogotá, D.C.

5. FECHA: Noviembre de 2020.

6. PALABRAS CLAVE: Deseo (orexis), sabiduría, naturaleza, ética, instinto, experiencia, razón, acciones, hombre, verdad, pasión placer, bien, felicidad.

7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO: El presente artículo se elabora en perspectiva filosófica abordando el tema del deseo en Aristóteles desde la ética y la antropología que se plantea. Así las cosas, y en primer lugar, se realiza un establecimiento semántico del término, para indagar qué valor o categoría le asigna el autor, teniendo como fuente la ética a Nicómaco, al tiempo, que se estudian a otros intérpretes actuales que tratan de alguna manera éste centro de interés, lo cual será de gran ayuda para hacer una aproximación al respecto. En un segundo momento, se relaciona el deseo con la sabiduría, destacando otros aspectos vinculantes que permiten dicha filiación, siguiendo el libro X de la EN, para finalmente, concluir que el deseo más sublime que buscan los hombres y que le da sentido a sus vidas está en la sabiduría, como parte constitutiva de su felicidad.

8. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN: Ética y antropología filosófica.

9. METODOLOGÍA: El trabajo investigativo consta principalmente de una pregunta cómo es ¿cuál es el rol o la función que Aristóteles le asigna al deseo en la búsqueda de la sabiduría? Y que al mismo tiempo, trazará los pasos de éste ejercicio en tres momentos, para ofrecer una respuesta a los lectores, si no exacta, por lo menos lo más aproximada posible. Estos tres momentos versan en un texto fuente, como lo es la Ética a Nicómaco y algunos artículos de comentaristas contemporáneos que basan su reflexión en este tema, que para el caso es de total interés. Inicialmente, se ahonda en las acepciones del término deseo que maneja Aristóteles en su ética, ubicando aquella que hace referencia a su conocimiento filosófico, para luego, en un segundo momento establecer sus particularidades y mutuas relaciones concretas con la verdad, el bien, el placer la felicidad y sobre todo la sabiduría entre otras, que apuntan desde luego a la finalidad he intencionalidad que el estagirita quiere transmitir. Por ultimo traer a colación los aspectos relevantes y representativos que permiten una mayor comprensión de aquello que deben buscar los hombres y que le da sentido a sus vidas y en donde el acento está enmarcado por las experiencias.

10. CONCLUSIONES: Dentro del pensamiento Aristotélico, que por lo demás, goza de amplitud y de interés, se vislumbra el lugar que ocupa el hombre en el mundo, y cuyas facultades están mediadas por su naturaleza, las cuales le permiten acercarse a la realidad de una manera distinta a como lo hacen otros seres vivos. Estas facultades son representadas por la razón y la búsqueda constante de la verdad, que lo conduce a un fin o a un propósito bueno, toda vez que se discierna desde lo ético y moralmente aceptado. Y es aquí donde los deseos adquieren una connotación distinta, pues pasa de ser un impulso desenfrenado e incontenible, a una motivación por aquellas cosas que se deben ambicionar de modo favorable y que en último término no es otra, que la felicidad más estimada y sublime.

Universidad de San Buenaventura, Sede Bogotá
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Licenciatura en Filosofía

Artículo de Grado

EL DESEO COMO ACTO SUBLIME QUE MODERA LOS ACTOS HUMANOS

Edwin René Moreno Morales.

Noviembre 2020

Director: Ángel Giovanni Rivera Novoa

Trabajo de grado presentado como requisito
parcial para optar por el título de:

Licenciado en Filosofía

El deseo como acto sublime que modera los actos humanos

El presente artículo pretende responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es el rol o la función que Aristóteles le asigna al deseo en la búsqueda de la sabiduría? Para ello, realizaré, en primera instancia, un establecimiento semántico de la categoría “deseo”, teniendo como fuente primaria la *Ética a Nicómaco* y otras fuentes de algunos intérpretes actuales que ayudarán de manera significativa a dicha aproximación; en segunda instancia, determinaré qué vínculos pueden establecerse entre la semántica del deseo y la búsqueda de la sabiduría con base en el libro X de la *EN*. En un tercer momento, presentaré las conclusiones de este ejercicio reflexivo.

Dicho esto, mi propósito será demostrar que el “deseo” es la mediación que tienen los hombres para buscar, en lo que hacen, a través de sus acciones, buenos fines.

Primero: Definición de “deseo” en Aristóteles

Dice Aristóteles en el libro VI de la *Ética a Nicómaco*:

Tres cosas hay en el alma que rigen la acción y la verdad: la sensación, el intelecto y el deseo. De ellas, la sensación no es principio de ninguna acción, y esto es evidente por el hecho de que los animales tienen sensación, pero no participan de acción. Lo que en el pensamiento son la afirmación y la negación, son, en el deseo, la persecución y la huida; así, puesto que la virtud ética es un modo de ser relativo a la elección, y la elección es un deseo deliberado, el razonamiento, por esta causa, debe ser verdadero, y el deseo recto, si la elección ha de ser buena, y lo que (la razón) diga (el deseo) debe perseguir. (*EN*, VI, 1139a20-30)

En un primer acercamiento al pensamiento de Aristóteles, vale la pena resaltar las definiciones en las que los hombres se circunscriben y cuyas características particulares hacen diferencia con éstos, al respecto de otros seres, específicamente, de los animales.

Empiezo diciendo que la principal y quizás la más importante de las categorías, es aquella que hace referencia a las “acciones”, como a la “verdad”, las cuales son comportadas por los seres humanos y de manera especial en sus almas, pues son las acciones, las que determinaran el proceder o las conductas de los hombres en aras de sus fines últimos, advirtiendo que otros seres, hablando de los animales, carecen de ciertas facultades

esenciales que justifiquen o racionen los propósitos de sus acciones, pues lo más cercano a una posible interpretación se establece a partir del movimiento; y éste está relacionado con los instintos.

Así pues, los hombres por medio de las acciones buscarán siempre el estado de bienestar más anhelado y es precisamente allí hacia donde todo debe tender; luego para conseguirlo se traza un horizonte de sentido en donde intervienen algunos actores o conceptos que permiten comprender de mejor manera el escenario de la realidad; lugar que comparten los seres humanos y animales.

A la acción la preside la verdad, siendo ésta su complemento; pues la verdad, en cierto sentido, permite la comprensión racional de las acciones, sobre todo aquellas que propenden por la búsqueda de la sabiduría.

La verdad, entonces, se predica de aquello que vale la pena perseguir y que se concretiza en el anhelo propio del alma.

Ahora bien, a la acción y a la verdad, que son los dos ejes que dinamizan el alma, le pertenecen otros conceptos no menos importantes: las sensaciones, el intelecto y el deseo, siendo éste último sobre el cual recae el acento de esta profundización.

Cuando el autor afirma que “la sensación no es principio de ninguna acción, y esto es evidente por el hecho de que los animales tienen sensación, pero no participan de acción.” (EN, VI, 1139 a 20-30) quiere dar a entender que, al igual que los seres humanos, los animales participan de las sensaciones. De aquí que su animalidad y por consiguiente su irracionalidad, obedezcan más a los impulsos y movimientos involuntarios, como es el caso de aquellos que son incitados por la necesidad: alimento, refugio o simple descanso y que difieren en cierta medida de las realidades sensibles de los hombres, que pese a la similitud en algunas de estas expresiones, la razón, siendo parte de la experiencia, justifica cada uno de sus actos, dando de esta manera un significado, juicio o valor ético, que desde luego los animales por su naturaleza no elaboran.

Continuando con la interpretación, la frase siguiente reza: “Lo que en el pensamiento son la afirmación y la negación, son, en el deseo, la persecución y la huida.” (EN, VI, 1139 a 20-30).

En este sentido, se aborda la esfera intelectual, que le corresponde a los hombres y en donde Aristóteles coloca a éste en el escenario de las decisiones, que suponen un antes o un después a partir de las experiencias.

Cabe señalar aquí que para el estagirita valen más las vivencias en una lectura de realidad, que los conceptos o percepciones que se tengan de las cosas o de las situaciones; esto según el parecer de algunos de sus más fieles intérpretes, como también de los aficionados a la literatura crítica de su filosofía, en quienes se destacan María Bueno, Fernando Inciarte, Marta Nussboun, Jean Paul Margot entre otros.

Serán pues las experiencias las que lleven a los hombres a afirmarse en la búsqueda de sus fines y en la realización óptima de sus deseos, que para este caso en particular se condensan en la búsqueda de la sabiduría.

Como también puede suceder de manera contraria, esto es, que los deseos son el fruto de continuas negaciones y por lo mismo se prefiera emprender la huida, sinónimo del miedo, o como lo menciona la *Ética Nicomáquea*, en alguno de sus apartados, refiriéndose a quienes son poseedores de estas conductas, catapultándolos como hombre sin ambición; y la no ambición, altera la plena realización.

Ahora bien, para que los deseos cumplan sus propósitos, pensado desde lo bueno y verdadero, requieren un sin número de posibilidades o de situaciones. De éstas, los seres humanos deben inclinarse por las que les resultan más convenientes; y tal conveniencia se vincula a lo razonable éticamente. A esto se hace referencia cuando Aristóteles dice: “Así, puesto que la virtud ética es un modo de ser relativo a la elección, y la elección es un deseo deliberado, el razonamiento, por esta causa, debe ser verdadero, y el deseo recto, si la elección ha de ser buena, y lo que (la razón) diga (el deseo) debe perseguir.” (*EN, VI, 1139 a 20-30*). De aquí la virtud entra a dialogar con la rectitud en la libre y voluntaria elección.

Lo que los hombres eligen recta y éticamente es lo verdadero, que no es otra cosa que aventurarse y sumergirse en la búsqueda de la sabiduría, la cual sobrepasa cualquier otro tipo de pretensión.

Finalmente, toda elección y por consiguiente todo deseo debe perseguir lo bueno, al tiempo que aquello que es bueno, permita a los seres humanos cada vez más conocerse y ampliar y ambicionar sus horizontes de realidad.

Continuando con el esclarecimiento de la definición y función del término, vale la pena adentrarse en algunas consideraciones hechas por reconocidos comentaristas que se han acercado a Aristóteles y han trabajado en sus escritos el “deseo”, vinculándolo con otras expresiones, que a continuación se darán a conocer:

Naturaleza tendencial del ser humano: orexis.

«Si, pues, de los actos (*prakton*) hay algún fin (*télos*) que queramos por sí mismo, y las demás cosas por causa de él, y lo que elegimos no está determinado por otra cosa-pues así el proceso seguiría hasta el infinito (*ápeiron*), de suerte que el deseo (*órexís*) sería vacío y vano-, es evidente que este fin sería lo bueno (*agathón*) y lo mejor (*áriston*). (EN, 1094 a 18-24)

María Bueno en su artículo “La orexis aristotélica como fundamentación ética”¹ habla acerca de la naturaleza teleológica, citando a Fernando Inciarte, quien de dicha naturaleza afirma: “que es la inclinación a algo que es bueno para esa naturaleza porque la perfecciona, y por eso la naturaleza humana está de alguna manera indeterminada”², y en donde ésta filósofa interpreta que tal naturaleza es indispensable, pero no lo suficiente para que las acciones caractericen a los hombres como buenos.

En cuanto a las tendencias, se argumenta siguiendo el pensamiento aristotélico, que los hombres no se conciben por su naturaleza desde el instinto, que como ya se ha mencionado, esto es propio de los animales; sino desde lo tendencioso, puesto gozan de variables que les permiten modificar las conductas como seres humanos que son, lejos de leyes o prescripciones, que de alguna manera puedan alterar el curso natural, pues dadas sus condiciones de insuficiencia, tales tendencias requieren de la razón, para comprender la realidad en su diversidad.

¹ Bueno, M., (2006). La Orexis Aristotélica como Fundamentación Ética. *Philosophia*, 76/2, 2016, pp. 29 a 50.

² Cfr. Fernando Inciarte “Derecho natural o derecho racional: treinta tesis y una propuesta”, en *Liberalismo y republicanismo. Ensayos de filosofía política*, Pamplona, Eunsa 2001, p 181.

Gracias también a la facultad de la razón, la naturaleza que se describe, se tiene por virtuosa, entendida ésta desde los buenos hábitos y no de los vicios; y sus disposiciones reguladas denominadas virtudes morales, que al mismo tiempo son punto de discernimiento en el plano ético.

Conviene traer a colación aquí lo que Aristóteles menciona al respecto: “no somos buenos o malos por naturaleza” (EN, II, 5, 1106 a), todo dependerá entonces de cómo se direccionen las acciones y de qué tan racionales sean, para así, de esta manera, sopesar el carácter de la naturaleza que diferencia a los hombres de otros seres.

Hasta aquí, se puede comprender a qué tipo de naturaleza hace referencia el estagirita y cuál es la proyección de la misma, como para quiénes va dirigido, atendiendo a su fin último y si éste es el resultado, vale la pena analizar ésta naturaleza como orexis “deseo”.

«El principio de la acción, aquello donde parte el movimiento, no el fin que persigue, es la elección (proairesis), y de la elección el deseo (orexis) y la elección orientada a un fin. (EN, VI, 2, 1139a 30-32); (Cfr. Aristóteles, De anima, III, 9y10).

De lo anterior, se destaca que hay dos realidades presentes en los hombres o, como se ha venido referenciando, dos tendencias susceptibles por naturaleza a notorios cambios, esto es, a lo bueno o lo malo y sobre las cuales se debe elegir, dejando claro desde ya, que la elección no es de modo alguno orexis o “deseo”, puesto que la elección, versa sobre las consideraciones de estas dos realidades, que luego de ser deliberadas, pasan al nivel propiamente dicho de orexis o “deseo” y cuya elección tiene el grado de inclinación natural, “por uno o por otro”.

Así mismo, orexis o “deseo” tiene otra interesante interpretación, sin perder de vista a su precursora, que consiste en entender que la expresión misma no es un impulso, sino una sublime motivación, que conduce a los hombres a perseguir algo que está a su alcance y que requiere del uso suficiente de la razón, por lo cual se ve necesitado y motivado para cumplir en cierto modo con su expectativa o mejor aún, con el cumplimiento de su fin último, parafraseando a Julia Annas.

Desear es también propio de los animales y es lo que tienen en común con los hombres; sin embargo, estos primeros lo hacen por causa del movimiento que les asiste, y no por la

intelección, que es propia de los seres humanos y en donde todo orexis “deseo”, comportado por la razón tiene un fin en sí mismo. (Siguiendo atentamente a Martha Nussbaum en su análisis de la acción en Aristóteles), y a renglón seguido, coincide, que la imperfección requiere de agentes externos para cualificar y actualizar las potencias, buscando desde luego su perfeccionamiento; asunto que se ha venido desarrollando.

Desde esta perspectiva, vale la pena también acercarse a Jean Paul Margot, quien pone esta acepción de orexis o “deseo” en diálogo con la acción moral, ya que sus aportaciones convienen para seguir ahondando al respecto de este tema del cual se han dado algunas aproximaciones y que serán fundamentales para su mayor comprensión.

Jean Paul Margot asevera siguiendo a Aristóteles, que la orexis, “deseo”, se ubica en el ser de los hombres indefectiblemente en la parte racional (boulesis), como también de los deseos irracionales bajo la forma de fogosidad (thymós), al tiempo el estagirita plantea una estructura, distinguiendo lo que es la vida vegetativa y lo concerniente a la vida animal y las facultades previas para caracterizarlas como son los juicios o sensaciones y el movimiento, tema referenciado al inicio de este escrito, pero al que hay que complementar diciendo, que el movimiento (Kínesis) y así lograr comprendido dese la orexis “deseo”, ya que por la comprensión se conocen los fines últimos. A este respecto afirma Aristóteles: “Todo deseo tiene también un fin, y el objeto deseado es el punto de partida del intelecto práctico, y el último paso del intelecto práctico es el comienzo de la acción.” (Acerca del alma. III, 10, 433 a. 15-18). En éste sentido es claro que el propósito de lo deseado apunta al bien, como a la verdad, los cuales hacen parte de los insumos para prefigurar lo que en la segunda parte lleva por nombre sabiduría.

Continuando con el análisis y hablando de las sensaciones, cabe anotar que en ésta tiene un alto grado de incidencia los deseos, por cuanto intervienen en el alma sensitiva y cuya proyección permite la fantasía y la imaginación deliberativa, afectando de tal modo el intelecto y, en el uso pleno de las facultades denominadas operacionales para hacer las distinciones de aquello que se conoce, esto al respecto de los placeres o dolores al momento de abordar un objeto, catalogarlo también y según la sensación como bueno o malo.

Se interpreta aquí, como en otras ocasiones, que los hombres por la racionalidad dictaminan qué tan bueno o qué tan malo resultan las sensaciones en el plano de las experiencias; los

animales, aunque participen del mundo de las sensaciones, no acceden a la esfera de la opinión.

Un aspecto que acompaña la orexis “deseo” y que es un factor determinante en la vida de los hombres, en lo que concierne con el alma, es lo relacionado con la pasión, de donde Platón, contemporáneo y maestro de Aristóteles, hace un interesante discernimiento a la par con la racionalidad.

Tanto la razón como la pasión son recíprocas, pese a sus diferencias; esta reciprocidad converge en el alma de los hombres, su función radica en desenmarañar, por decirlo de algún modo, los dilemas generados por el concurso de la racionalidad e irracionalidad que acontece en el interior de los seres humanos, permitiéndoles a éstos superar de la mejor manera los obstáculos, particularmente y aparentemente donde el coraje y la voluntad no se muestran tan claras.

Así pues, la pasión, adquiere el significado de posibilidad, es decir, de elección entre la fortaleza o la debilidad, al tiempo que cimenta las bases de los principios morales, a lo que el comentarista alude: “Si pasión y moral están desde siempre asociados, no hay que perder que perder de vista, que el origen del (páthos) es ante todo la conciencia sensible, irreflexionada, que nos hunde en las olas de la vida que nos impele tanto a huir de sus peligros como a buscar sus placeres (Margot, J. (2008). Aristóteles: Deseo y Acción Moral. (P.p. 189-202)”³.

En conclusión, los hombres deben propender por buscar sus fines, que los lleven a trascender no de cualquier manera, sino en seres humanos buenos éticos; y para que ésto sea, hay que ambicionar lo más deseado, aquello que se anhela por sobre todas las cosas y que es la verdad y la sabiduría, como anticipo a la felicidad.

Segundo: Vínculos entre la semántica del deseo y la búsqueda de la sabiduría con base en el libro X de la EN:

³ Margot, J. (2008). Aristóteles: Deseo y Acción Moral. (p.p. 189-202).

Y pensamos que el placer debe estar mezclado con la felicidad, y todo el mundo está de acuerdo en que la más agradable de nuestras actividades virtuosas es la actividad en concordancia con la sabiduría. Ciertamente, se considera que la filosofía posee placeres admirables en pureza y en firmeza, y es razonable que los hombres que saben, pasen su tiempo más agradablemente que los que investigan. Además, la dicha autarquía se aplicará, sobre todo, a la actividad contemplativa, aunque el sabio y el justo necesiten, como los demás, de las cosas necesarias para la vida; pero, a pesar de estar suficientemente provistos de ellas, el justo necesita de otras personas hacia las cuales y con las cuales practica la justicia, y lo mismo el hombre moderado, el valiente y todos los demás; en cambio, el sabio, aun estando sólo, puede teorizar, y cuanto más sabio, más; quizá sea mejor para él tener colegas, pero, con todo, es el que más se basta a sí mismo. (*EN X, 1177b, 25-30*).

Para Aristóteles, sin duda los placeres ocupan un lugar importante en la existencia de los hombres, dado a que éstos hacen parte constitutiva de su naturaleza; al mismo tiempo, será importante educarlos desde la temprana edad.

El término “placer” induce a la concepción de disfrute o deleite, sin desconocer que a ello también le acompañan de manera simultánea expresiones contrarias como son los dolores, lo desagradable y lo molesto, que de hecho los seres humanos quisieran de algún modo evitar, pero que duda alguna hace parte de su constitución natural, en esa relación de cuerpo y alma.

Por lo mismo, la insistencia de la educación, ya que de ello depende el ejercitarse en lo que Aristóteles llama la virtud moral y su propósito, consiste en el buen vivir como anticipo de la vida feliz.

Sin embargo, hay quienes consideran, según él, que los placeres inducen al desenfreno y a la búsqueda de las cosas malas y por lo mismo resulta conveniente mostrar lo contrario a lo que esta expresión insta en esa negativa percepción, de tal suerte que entre los placeres y lo que estos conllevan se busque un punto de equilibrio o moderado.

Así las cosas, se puede interpretar que la moderación se relaciona de manera estrecha con los deseos, ya que los hombres entran a deliberar sobre una misma situación, es decir, sobre los placeres, advirtiendo en los mismos las dos aristas; una motivada por los excesos malos y otra movida hacia el horizonte de bienestar, condiciones éstas que proporcionan a sus vidas sentido, conocimiento y verdad.

Dentro de las opiniones asociadas a los placeres, se encuentra la de Eudoxo, el cual basaba su argumento en considerar que el placer al que todos los seres racionales e irracionales

tienden es el bien supremo, o como él mismo lo denomina, “el bien sin más”, sobre todo aplicado y con frecuencia a los hombres y en donde la fuerza recae una vez más en el hecho mismo de no doblegarse ante los dolores, sobreponiéndose a ellos, o pensando mejor en evitarlos y abrirse al mundo pleno de los placeres.

Cuando se habla de los placeres, ello hace referencia a la inclinación por objeto hacia donde los sentidos se orientan; y si este objeto genera mayor satisfacción, más apetecible será su finalidad, lo cual permite cambiar el panorama, esta vez en sentido positivo.

Cabe recordar que para Aristóteles, como para el mencionado autor, dicha finalidad tiene asidero en el bien, como en la felicidad; pues cuanto más placenteras éstas sean, aumenta considerablemente su estimación, en lectura de lo más deseado. Por consiguiente, la sumatoria de buenas acciones, hacen de los placeres también, bienes supremos.

Haciendo un paréntesis oportuno, Platón al respecto del placer concluye que éste no resulta lo suficientemente convincente, pues, en su opinión, el bien en sí mismo no requiere ser justificado, ni mucho menos contrastado con los placeres, ya que el bien por su naturaleza como por sus acciones gozan de suficiente exaltación.

Así mismo para el ateniense, todos los seres, especialmente los humanos, experimentan tanto los dolores como de los placeres, argumentando que incluso los insensatos por insensatos que sean, al respecto de esta condición o sensación, aspiran a los placeres, como también lo hacen del mismo modo los inteligentes quienes por ellos disfrutan.

La insensatez es entendida como incredulidad de aquellos que piensan que aspirar a una vida placentera es sin más caer en la adulación, en excesos y desenfrenos.

Hasta aquí el filósofo deja clara la distinción entre los bienes y los placeres, tanto en su relación como en su diferencia.

Retomando a Aristóteles, se encuentra el siguiente postulado consistente en que los placeres, aunque no pertenecen necesariamente a la esfera de las cualidades, sino que son la expresión más clara del bien.

Ahora, si del bien se trata, éste es considerado en grado perfecto por lo concreto por las acciones; pues las acciones mismas lo determinan; y en cuanto a los placeres, se dirá que por

sus indeterminaciones no siempre claras, son por supuesto relativas, pues lo que es placentero para uno, pueda no serlo para otro.

Dicho esto, y respetando lo que le corresponde al significado de las expresiones referentes a los dolores y los placeres, es notorio también observar un particular complemento, y es que en algunos casos, si no en la mayoría de ellos, es necesario experimentar el dolor, como manifestación de carencia, para luego adentrarse a la estancia de lo placentero, esto es lo más semejante a la satisfacción “pues cuando se presenta la necesidad de alimento produce dolor, pero, después, se experimenta placer al satisfacerla” (*EN*, X, 1173b, 15-20).

Una primera conclusión al respecto de lo que se ha venido desarrollando en este segundo segmento, estaría fundamentalmente en el grado de estimación y de comprensión por parte de los intérpretes, para considerar lo conveniente o lo inoportuno de aquello que representa dolor o placer y que los remite a las experiencias trascendentales en cuanto a lo bueno o lo malo y en lo particular a discernir desde la experiencia, si es un vicio o una virtud.

En Aristóteles todos los conceptos son tratados de manera articulada como minuciosa, sin perder su objetivo que consiste en garantizar por ellos el direccionamiento del bien y la felicidad, pues la aspiración sobresaliente comporta la vida placentera y, por lo demás, deseada y en donde los hombres están llamados en cierta medida a ser selectivos si de los placeres se trata, puesto que como lo refiere este autor, muchas cosas al parecer son apetecibles, pero no todas se pueden ambicionar al mismo tiempo, pues algunas por ahora son necesarias en la medida de las capacidades, sin perder de vista aquella que en sí misma ofrece mayor plenitud.

Esta plenitud es entendida como el perfeccionamiento de las acciones y de las sensaciones que conducen a los seres humanos a sus aspiraciones y por ende a sus realizaciones.

Continuando con el ejercicio reflexivo, se desglosa en tres partes la cita propuesta que aparece como encabezado de éste segundo momento y que sirve para comprender y complementar cada vez mejor la relación del deseo con la búsqueda de la sabiduría.

Dice el autor, “Y pensamos que el placer debe estar mezclado con la felicidad, y todo el mundo está de acuerdo en que la más agradable de nuestras actividades virtuosas es la actividad en concordancia con la sabiduría” (*EN* X, 1177b, 25-30). Si la finalidad del placer más

excelso es la felicidad, no menos importante es aquella que por la orexis “deseo”, busca de manera continua la sabiduría que permite el disfrute del buen vivir, ya que la sabiduría así descrita es una virtud da sentido y significado a la existencia.

Luego la orexis (“deseo”) hace parte fundamental de la sabiduría que los hombres ansían, para conocer el valor de cada una de las acciones que, motivadas por la razón, los impulsa o mueve cada vez más a su realización, siendo la felicidad su fin último.

Prosigue Aristóteles: “Ciertamente, se considera que la filosofía posee placeres admirables en pureza y en firmeza, y es razonable que los hombres que saben, pasen su tiempo más agradablemente que los que investigan” (*EN X, 1177b, 25-30*). De aquí se establezca una y quizás la más trascendental de las relaciones del deseo y la sabiduría, que obedece a la intención de beneficiarse del conocimiento filosófico, en donde se hace comprensible las realidades y los conceptos del mundo y en donde lo sensible, lo que se puede aseverar y razonar a manera de placeres, entra a formar parte de la vida de los hombres, pues se presentan como pasos metodológicos que abren la puerta a las múltiples experiencias, las cuales en lo sucesivo generar otras muchas y que son y serán objeto de investigación y profundización por su valor he importancia.

Lo que es objeto de conocimiento para el mundo de la filosofía, para los hombres es deleitoso y placentero y ésto lo proporciona de manera exclusiva el gusto por el conocimiento. Y por otra parte, pero en la misma dirección el deseo por la sabiduría, es el camino más seguro para alcanzar una vida placentera y feliz.

“Además, la dicha autarquía se aplicará, sobre todo, a la actividad contemplativa, aunque el sabio y el justo necesiten, como los demás, de las cosas necesarias para la vida; pero, a pesar de estar suficientemente provistos de ellas, el justo necesita de otras personas hacia las cuales y con las cuales practica la justicia, y lo mismo el hombre moderado, el valiente y todos los demás; en cambio, el sabio, aun estando sólo, puede teorizar, y cuanto más sabio, más; quizá sea mejor para él tener colegas, pero, con todo, es el que más se basta a sí mismo. (*EN X, 1177b, 25-30*)”. Entendiendo que como todos los demás, el sabio requiere de interlocutores, para dar a conocer o mejor plasmar en ellos todo cuanto ha reflexionado y discernido acerca de la vida que es común para todos.

Sin embargo, aunque la necesidad de dar a conocer, como darse a conocer resulta habitual para la mayoría en otras esferas, el sabio y el filósofo aunque así mismo lo consideren no lo sienten necesario y suficiente, puesto que su actividad intelectual requiere de una cierta discreción y disposición para tales asuntos.

Es evidente entonces notar en este apartado como el orexis “deseo” se presenta de dos maneras, una por la necesidad de transmitir el conocimiento y otra en la que el sabio requiere de su espacio privado para teorizar acerca de los fines de su propia vida y lo común de ella en relación con la vida de los demás y cuya trascendencia se cifra una vez más en el estado de bienestar y propender por la felicidad.

Conclusiones:

Todos los seres vivos gozan de facultades similares (hábitos), las cuales son leídas a través de las acciones como del movimiento; sin embargo, no todas las acciones son ejecutadas del mismo modo, pues las que proceden del mundo animal están provistas de irracionalidad he instinto; y las acciones de los hombres son racionales y por lo demás consientes; gracias a esa conciencia se visualizan múltiples capacidades, entre las cuales se destacan la búsqueda de la sabiduría y la verdad.

Es connatural a todos los seres tener deseos, los cuales se expresan de modos diversos y conforme a las realidades y experiencias; pero bajo la interpretación aristotélica y conforme al establecimiento de la ética que subyace, éste término aplicado al mundo de los hombres, no solo hace referencia a los impulsos, sino a aquello que hace parte importante de sus buenas ambiciones, como el fin y propósito de sus propias vidas y para ello requieren que los deseos sean formados de manera continua en la moderación, como punto de equilibrio entre los excesos y los defectos.

Los deseos hacen parte del mundo sensible refiriendo este concepto exclusivamente a los seres humanos, luego para que estos, los deseos, cumplan con su loable propósito, toda circunstancia y experiencia debe ser discernida bajo los parámetros de la deliberación, y la elección, que para el caso concreto, fijará su objetivo en la felicidad, como realización plena de la vida.

En cuanto a los placeres, Aristóteles argumenta su complacencia, toda vez que éstos junto con los deseos proyectan la felicidad en aras del disfrute y el buen vivir, advirtiéndole que para algunos comentaristas la expresión misma es sinónimo de desenfrenos y cuyas consecuencias inducen a los hombres al mal.

Por encima del dolor están los placeres, lo que sugiere necesariamente que se evite lo primero para centrarse mejor en lo segundo; a lo que otros intérpretes reaccionan, proponiendo constructivamente que experimentando el dolor, los placeres serán más estimados.

El deseo que propone Aristóteles en su ética, indistintamente se otras acepciones, se relaciona con la búsqueda continua de la sabiduría y el gusto mismo de dicho conocimiento que para los hombres resultan placenteros. Al tiempo que por la filosofía que subyace, se tiene una mayor comprensión de la vida y su proyección encausada hacia la felicidad, como a las cosas buenas.

Bibliografía.

Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, traducción: Julio Palli Bonet. Editorial Gredos. Madrid.1998.

Bueno, M., (2006). La Orexis Aristotélica como Fundamentación Ética. *Philosophia*, 76/2, 2016, pp. 29 a 50.

Fernando Inciarte “Derecho natural o derecho racional: treinta tesis y una propuesta”, en *Liberalismo y republicanism. Ensayos de filosofía política*, Pamplona, Eunsa 2001, p 181.

Margot, J. (2008). *Aristóteles: Deseo y Acción Moral*. (p.p. 189-202).

